

# FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 29

## **El ser humano como hermano mayor de los animales**

Por Gabriel Burgos Suárez

## EL SER HUMANO COMO HERMANO MAYOR DE LOS ANIMALES

Gabriel Burgos Suárez

El estudiante serio de Teosofía va modificando su vida para conformarla de acuerdo a los principios del Orden Universal, en la medida que crece su comprensión de las verdades eternas que rigen la evolución. Si la comprensión es sólo a nivel intelectual, los cambios —si los hay— son superficiales, y con frecuencia pasajeros. Pero si la comprensión es profunda y toca las fibras más sensibles del alma, nada de lo que sucede en el mundo le es extraño o carece de importancia, puesto que el principio de la Unidad de la Vida, que todo lo anima y penetra, se convierte en el polo magnético hacia el cual se dirigen todos sus pensamientos, emociones, sentimientos y actos.

La Teosofía arroja luz sobre todos los problemas de la existencia. La mayoría de los problemas han sido y son creados por los seres humanos, y somos los seres humanos los que tenemos que resolverlos. Es cierto que gobiernos, entidades altruistas, científicas, económicas, ecológicas, etc., buscan solucionar los problemas, pero generalmente lo hacen, consciente o inconscientemente, pensando principalmente en solucionar a corto plazo los que tienen que ver con su familia, su país, su clase social, religiosa, política o económica, aun a costa del dolor y sufrimiento de los que están por fuera de su círculo estrecho. No ven la Unidad de la Vida, sino el bienestar y beneficio propio y el de su grupo. No ven que si la fuente de todo lo que existe es esa Vida Una a la que generalmente llamamos Dios, todas sus criaturas, en cualquier nivel en que se encuentren, son sus hijos y por consiguiente todas las criaturas somos hermanos.

Hay un principio atribuido a Hermes, que dice que “como es arriba es abajo”, es decir, que lo que sucede en los niveles inferiores es un reflejo de lo que sucede en los niveles superiores. En una familia, de cualquier raza o clase o cultura, los hijos de una pareja son hermanos, unos mayores, otros menores; unos adultos, otros niños; otros bebés de brazos. Pero, en una familia bien constituida, los lazos de fraternidad son muy estrechos, y superan los conceptos del deber que tienen los hermanos mayores de ayudar y servir y proteger a los hermanos menores, porque cuando hay verdadero amor la ayuda y el servicio se dan naturalmente, sin pedir ni esperar nada a cambio. El mayor ha logrado un desarrollo que todavía no tiene el menor y por lo tanto se siente responsable, vigilante, cuidadoso, servicial y amoroso con el otro que es más débil y en ocasiones indefenso. El hermano mayor que no siente amor hacia sus hermanos

menores y los trata con crueldad y abusa de su fuerza y de su condición, es considerado un mal miembro de familia, sufre castigos de parte de sus padres que buscan la justicia, el respeto y la igualdad, y en casos extremos el de las autoridades de una sociedad.

Sin embargo, no nos damos cuenta de que ese amor fraternal en la familia es un reflejo de un amor fraternal que sucede en un nivel más amplio y más profundo que incluye a toda la familia humana, y del cual nos dan testimonio Seres más grandes que nosotros, como el Cristo o como el Buda. Para la mayoría de nosotros, estudiantes de Teosofía, la fraternidad de todos los hombres es todavía un concepto intelectual, no una vivencia, como sí lo es para los Grandes Seres. Pero tiene que llegar a ser un hecho. Por eso, el primer Objeto de nuestra Sociedad tiene que ver con formar un núcleo de la fraternidad universal de la humanidad, sin distinciones.

Para los Grandes Seres, la familia humana es una entre otras familias. Hay seres que en la escala interminable de la Evolución son nuestros hermanos mayores porque han desarrollado su conciencia en grados que no hemos alcanzado todavía nosotros, y hermanos menores que todavía no han alcanzado el nivel humano. Tenemos, por un lado, seres que trascendieron ya el nivel humano, son seres supra-humanos, —Adeptos, Maestros, seres Divinos—, que viven en la Unidad y cuya relación con todo en el universo es esencialmente de amor. Nos aman a los seres humanos como a sus hermanos menores, con todas nuestras debilidades, torpezas, crueldades y equivocaciones, y nos prestan su ayuda, en cuanto es posible, sin coartar nuestra libertad y nuestro libre albedrío.

Y aman con el mismo fervor y compasión a otros hermanos menores aún, las criaturas del reino animal en su inmensa diversidad y riqueza. No hay ninguna razón para pensar que el reino humano es el más importante. Pensamos así porque pertenecemos a ese reino y vemos facultades en el ser humano que aparentemente no existen en el reino animal. Estamos equivocados, porque vemos solamente la forma animal y olvidamos o no sabemos que, tras la forma, está la Mónada en una etapa de su educación que, una vez cumplida, la llevará a estados de educación más elevada. La etapa de educación más importante, en cualquier momento dado, es aquella en que se encuentra de acuerdo con su edad evolutiva. Pasa igual que en la educación formal de cualquier ser humano: cuando es un niño, asiste a la primaria; durante su adolescencia, se prepara en el bachillerato, al cual seguirá la educación universitaria que le abrirá uno o muchos caminos para el ejercicio de su profesión.

Ahora bien, esos benditos hermanos mayores cumplen a cabalidad la ayuda y el servicio a sus hermanos menores sin ningún sentimiento de deber u obligación, sino como fruto de su profunda sensibilidad y sincero amor por todas las criaturas que luchan en medio de las adversidades, durante mucho tiempo en forma inconsciente, por escalar mayores alturas en su desenvolvimiento evolutivo. «La chispa divina», oculta

dentro de varias capas de materialidad, “poderosa y dulcemente”, con paciencia infinita, a través de edades sin cuento, va llevando hacia adelante ese proceso. ¡Cuánta ayuda necesitamos en esas etapas y en qué forma tan maravillosa nos la brindan los Santos Seres sabios y buenos!

No es posible recibir ayuda, una y otra vez y mil veces, sin que una Ley interior nos indique que otros necesitan nuestra ayuda. En la medida que recibimos tenemos que dar. Si se nos da una mano para asir la nuestra y de esa manera podamos ascender, no podemos olvidarnos que hay otros más abajo que necesitan subir y que necesitan que les demos la mano que está libre para que ellos sientan nuestra ayuda en su difícil empeño.

